
Editorial: Presentación acerca de las agendas de arqueología

Desde su inicio como práctica científica, ha sido una constante que al interior de la arqueología convivan diferentes posturas teóricas. Como ha sido ampliamente descrito, esta situación está relacionada con la singularidad y la variabilidad de los problemas que los arqueólogos plantean como centro de atención, así como con el contexto económico, social político e ideológico en el que opera la dicha práctica. Aunque estos rasgos se reconocieron tempranamente en los denominados países del “primer mundo”, la discusión sobre el estatuto epistemológico y ontológico de la arqueología en Latinoamérica ha sido reciente y limitada. Las razones pueden ser múltiples. Si se concede un rango de amplitud mayor al que tradicionalmente se le asigna, gran parte de las discusiones respecto al deber ser de la arqueología y el conjunto de teorías al que acude pueden perfectamente suscribirse, o tal vez reducirse, a dicha reflexión.

Aunque en la mayoría de discursos y agendas de la arqueología de comienzos del siglo XXI se reclama el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural, no deja de ser paradójico que la diversidad teórica tienda a convertirse en un obstáculo para el diálogo y la discusión al interior de la ciencia, al punto de incluso ser anulada. Esta situación desde nuestra perspectiva, ha propiciado el surgimiento de posiciones radicales, algunas de ellas dentro de discursos que protestan por el carácter hegemónico de otras posiciones teóricas, pero que reclaman para sí, el carácter ontológico de “verdad absoluta”. En consecuencia, al igual que ayer, un modelo académico que tiende a la formación de grupos independientes y desconectados entre sí, sigue siendo replicado incesantemente. La identificación con una serie de ideas y prácticas conlleva la solidaridad automática al interior del grupo y la competencia al exterior de éste, muchas veces en el terreno personal.

Debido a la situación descrita hemos estado preocupados desde hace tiempo, en reflexionar acerca de los retos y problemas que nos plantea la teoría y la práctica de la arqueología. Consideramos que la diversidad de voces e ideas puede entenderse desde la otra orilla, como potencial de encuentro que permita el diálogo intradisciplinario. Insistimos en que el eje temático de esta reflexión y debate constante debería centrarse en lo que es la arqueología y en consecuencia

la forma en que ella debe proceder. Preguntas como ¿qué se entiende por teoría en arqueología?, ¿cómo se operacionaliza la teoría en la práctica arqueológica?, ¿cuál es su papel principal?, ¿es la arqueología una ciencia social o hace parte de las humanidades?, ¿en qué consiste su estatus científico?, ¿es posible establecer una relación entre la teoría arqueológica, la práctica de la arqueología de rescate y la gestión patrimonial?, guían nuestra reflexión.

Parte de esas inquietudes fueron trasladadas a un grupo de colegas, quienes amablemente accedieron a compartir con nosotros sus ideas respecto a aquello que bien podría denominarse sus agendas para la arqueología. Es importante señalar que nuestros colegas provienen de distintos países de Suramérica como son Brasil, Colombia y Venezuela, lo que en nuestra opinión, enriquece esta discusión, ya que permite al lector conocer y comparar distintos momentos y contextos académicos y sociales, en los que se realiza la práctica arqueológica. Como era de esperar la diversidad de posiciones fue un punto en común. Dada la gran divergencia en los postulados expresados, se podría considerar como primera conclusión que no es posible pensar en una agenda común para la arqueología. De este modo nos planteamos nuevas preguntas que quedan abiertas a la discusión: ¿por qué no tomarse el tiempo en entender las posiciones teóricas que son distintas a las nuestras o al menos intentarlo?, ¿son acaso éstas diversas posiciones necesariamente inconmensurables?

El reconocimiento de la imposibilidad de una agenda común para la arqueología no es en absoluto algo nuevo. Desde los tumultuosos primeros días de lo que se ha denominado arqueología posprocesual esta ha sido una de las banderas de lucha contra la rigidez de su antecesora, la cual a su vez advirtió la misma situación con referencia al historicismo cultural. Así que la crítica no es nueva. No sólo nuestros invitados sino en general casi todos los arqueólogos alrededor del mundo, parecen tener claro que, a causa de la singularidad de su punto de vista, es imposible lograr cierto consenso en relación a una agenda común. En nuestra opinión, una vez aceptada esta situación es posible encontrar diferentes formas de tramitar dicha imposibilidad. En los artículos que siguen hemos identificado algunos ejes temáticos comunes a estas diversas posturas, que queremos aquí simplemente enunciar, pero que es posible sirvieran como contexto para adelantar un diálogo entre posiciones en aparente conflicto.

Un primer eje temático es planteado por Rafael Gassón a propósito de la arqueología Venezolana y está relacionado con la necesidad de reconocer la validez de diferentes puntos de vista y de cuestionar la existencia de una supra instancia que decida que punto de vista es más legítimo o pertinente que otro. De esta manera, la aceptación de existencia del otro se convierte en requisito de aceptación del propio. A nuestro juicio tal camino lleva a la configuración de una respetuosa torre de Babel, compuesta por diversas voces, muchas de las cuales simplemente no se comprenden, pero que aceptan la existencia del otro.

Compartimos la crítica que hace Gassón en relación a las posiciones postmodernas (pero también las modernas) radicales que intentan desplazar y negar la existencia de otras posiciones, esgrimiendo un relativismo extremo que argumenta una lucha contra-hegemónica, que paradójicamente busca convertirse en una nueva hegemonía al interior de la arqueología. Esta misma sensación nos queda al leer el artículo de Dennise Schaan quien afirma que un nuevo vacío teórico en el estudio de las sociedades amazónicas ha venido acompañado de las posturas postmodernas, las cuales desprecian las categorías generalizantes pero eligen lo obvio como recurso explicativo.

Sin duda alguna la propuesta de Wilhem Londoño se constituye en un segundo eje temático, al plantear una agenda en la que la praxis política debe ser el elemento articulador entre arqueología y sociedad. Para Londoño es necesario “reinventar el pasado” de forma que dichas interpretaciones estén acordes con las necesidades de los movimientos sociales. Esta propuesta coincide con la de Schaan quien plantea que en Brasil es necesario producir historias menos herméticas dirigidas a un público más amplio. En una línea de argumentación similar Gassón afirma que, la producción de conocimiento sobre el pasado debe prestar atención a los problemas particulares de cada país lo que “garantiza su importancia y visibilidad social”, aunque llama la atención sobre la necesidad de que las arqueologías locales participen en un diálogo más amplio. Este colega también nos alerta sobre las consecuencias que pueden tener la creación de imágenes del pasado para la configuración de la identidad en el presente.

A diferencia de lo que ocurría hace algunas décadas donde el trabajo arqueológico se planteaba como completamente desconectado del contexto social, hoy nadie niega que este influye y es influido por la práctica arqueológica, como anotamos anteriormente. En relación al contexto social, se articula un tercer eje temático con dos formas de abordarlo: 1. Aquellos que reivindican la existencia y necesidad de un conocimiento especializado como punto de partida de la resignificación de los objetos y con él la construcción de narrativas sobre el pasado, tal y como es expresado por Guiedelmann en su artículo. En este sentido lo que se requiere es más arqueología y para ello es necesario: a. que el arqueólogo contribuya a la preservación de los objetos para dicha construcción. b. hacer útil socialmente dicha arqueología mediante la divulgación, posición también defendida por Schaan y Gassón. 2. Aquellos que reivindican que la arqueología debe estar al servicio de los intereses de comunidades organizadas, pero donde la arqueología ya no tiene un status privilegiado respecto a la construcción de narrativas sobre el pasado, tesis defendida por Londoño.

Otra forma de ver el problema de las agendas tiene que ver con su historicidad, lo que constituye un cuarto eje temático. En los artículos de Londoño, Gassón y Schaan se reconoce por parte de todos, la necesidad y utilidad de entender el edificio teórico que soporta las construcciones de las narrativas (versiones) sobre el pasado. La superación de los excesos del objetivismo y sus ideas de verdad trajo consigo la aceptación de la historicidad de las teorías y con él la idea de dinamismo que con posterioridad adquirió la forma de modas teóricas. De esta manera, el conocimiento arqueológico es entendido por muchos como el flujo de teorías que

se perciben muchas veces independientes de los objetos arqueológicos (que en ocasiones son incluso negados). Muy pocos son los intentos de reflexión sobre la lógica que vincula un conjunto de elementos arqueológicos con las narrativas que dan cuenta de ellos y mucho menos sobre las teorías que soportan dichas narrativas. La consecuencia es que los problemas en relación a las sociedades y personas del pasado que han sido planteados por los distintos paradigmas teóricos no han recibido respuesta ni mucho menos han sido superados. Por el contrario, al igual que en cualquier moda, se cambian para posteriormente regresar a ellos (antes particularismo cultural, ahora seleccionismo). Los artículos de Schaan, Londoño y Gassón exponen esta situación.

En resumen, tal parece que asistimos a una época contradictoria en la que los arqueólogos cuyas agendas programáticas podían ser encasilladas dentro de lo más puro de la tradición científica, abogan por la inexistencia de parámetros de medición que permitan fijar algún tipo de canon, en tanto aquellos procedentes de las tradiciones poscoloniales y anti-hegemónicas buscan deslegitimar cualquier tipo de práctica que no encaje en su recientemente creado programa. ¿Es esta suerte de inversión, un proceso natural dentro de la lucha entre diferentes posiciones teóricas, algo similar a lo descrito por Kuhn para las “ciencias duras”, por imponer su agenda?, y en consecuencia, ¿es solo un episodio transitorio cuyo ciclo es posible prever?

Parte de esta discusión a nuestro juicio tiene que ver con los límites tanto a la multivocalidad como a la univocalidad que como arqueólogos estamos dispuestos a tolerar. Suscribimos la idea de un creciente número de arqueólogos que encuentran francamente fútil y peligroso pensar en el “todo vale” como estrategia fácil de superar los excesos de los intentos unificadores de la ciencia, en caso de que ellos hayan realmente existido como programa. Una interesante agenda de trabajo sería justamente pensar en cuales podrían ser los acuerdos mínimos que definan la práctica de la arqueología como base para una discusión seria respecto a su(s) posible(s) objeto(s) de estudio.

Para finalizar queremos agradecer a nuestros colegas de la Universidad del Magdalena, por la invitación para editar esta sección de su revista. Ojalá muchos más se sumen a esta discusión que más que conclusión busca ser un punto de partida.

Juan Carlos Vargas Ruiz¹ y Pedro Maria Argüello García²

1 Antropólogo. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas

2 Antropólogo. Universidad de Pittsburgh